

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## A UN SIGLO DEL FINAL

# LOS COMUNEROS

BERNANOS hacía notar que la única ciudad importante de Francia que no tenía en su nomenclátor el nombre de Adolfo Thiers era París. La razón de esa ausencia era el horror que a través de los años perduraba en anchos sectores de la población parisiense hacia el hombre que encarnaba la represión contra la Comuna. El político marsellés que había, en su juventud, fascinado al anciano príncipe de Talleyrand por su talento discursivo y su fogoso entusiasmo, quedó, a pesar de haber sido el creador y artífice de la Tercera República, manchado para siempre con el tinte siniestro de aquella operación.

Era Thiers —dice un contemporáneo que lo conoció bajo el orleanismo— un pequeño hombre de azufre y pólvora, ardiente, ambicioso, sin escrúpulos, sin modales, verboso incontinente. Tenía la fe del liberal y la dureza del conservador autoritario. La burguesía hizo de su figura un mito necesario, defensivo y temeroso en las horas indecisas de la derrota del Imperio. Instauró la República, pero a condición de que fuera conservadora. Pactó la paz con Bismarck, cediendo Alsacia y Lorena y salvando Belfort de la anexión germánica. Pero el exterminio implacable de la intentona comunera de París había de darle triste y póstuma notoriedad sobre las otras realizaciones innegables que llevara a cabo como ministro, como presidente de Gobierno y finalmente como presidente de la República, amén de ser historiador eminente aunque hoy nos parezcan sus libros harto retóricos y pomposos.

El gobierno Pompidou ha querido pasar en sordina el triste aniversario. Lo consiguió en gran parte. Las organizaciones de izquierda extrema y los marxistas de diversa ortodoxia rindieron homenajes separados y un tanto formales ante el «muro de los federados», retablo de piedra que en el Père-Lachaise conmemora los últimos fusilamientos. Había más de retórica que de convicción en los discursos y en las proclamas alusivas. El comunismo de Moscú, el de Pekín, el de Trotsky, los «gauchismes» de diversa laya se reclaman de los comuneros del 1871 francés. Pero ¿qué vinculación real, qué antecedente legítimo, qué genealogía ideológica cabe invocar entre la «Commune» de los comuneros y los comunistas de la Revolución de Octubre y sus descendientes políticos?

En la insurrección parisiense de 1871 había diversos y contradictorios ingredientes. En cierta medida no cabe olvidar el factor patriótico que la provocó. Después de la hecatombe de Sedán y de la invasión generalizada, París seguía resistiendo a Moltke. Eran buenas las fortificaciones de la ciudad, pero era aún mejor el temple de sus habitantes. La guardia nacional —el voluntariado en armas— disponía de 300.000 hombres. La guarnición profesional no llegaba a 30.000. La defensa de París contra el prusiano tomaba matices épicos y legendarios. El hambre cobraba dimensiones patéticas. El argumento de que una capital de varios millones de habitantes fuera condenada a muerte por inanición, fue uno de los temas favoritos de Bismarck cuando negociaba con Grevy en Versalles, los términos del armisticio. Por fin se pactó el día 29 de enero la suspensión de las hostilidades y la rendición entre el gobierno de Burdeos y el del flamante emperador alemán. Las elecciones en toda Francia tuvieron lugar el 8 de febrero siguiente, obteniendo Thiers gran mayoría conservadora, procedente de los distritos rurales en su casi totalidad. El 17 de febrero, Adolfo Thiers se convertía en Jefe del Poder ejecutivo. El 26 de febrero firmaba la paz.

París no había conocido la ocupación militar extranjera. Era una ciudad invicta. El kaiser Guillermo intentó desfilarse al frente de su ejército victorioso por las calles de París. Pero una serie de circunstancias aplazaron el proyecto. Con ello se creó un

clima de furor entre patriótico y revolucionario que asustó a Thiers y le inclinó a salir de París para instalarse en Versalles. París se insurreccionó, creando un Comité Central de la Guardia nacional de corte subversivo que proclamó a la ciudad «Comuna libre» autogobernada. Thiers envió a un contingente de tropas a rescatar los cuatrocientos cañones que se hallaban almacenados en Montmartre. Los soldados de la guardia nacional acudieron a defenderlos. La tropa de Versalles se amotinó contra sus jefes y confraternizó con los milicianos de París. Los generales que mandaban la tropa regular fueron detenidos y fusilados. Fue el comienzo de las tremendas jornadas comuneras que habían de durar hasta el 28 de mayo, es decir, dos meses en total.

La Comuna tenía un propósito de alcance vago, mal definido. Se parecía más a un anarquismo libertario que a una dictadura de estilo soviético. No hubo autoridad centralizada, ni en las milicias armadas, ni en la administración pública. Los comuneros eran gentes de diversa inspiración política. Los había románticos, retóricos, libertarios exaltados, nacionalistas. Los había nihilistas, socialistas, ácratas y terroristas. Entre ellos se encontraban hombres puros, austeros, de fanática convicción y también forajidos profesionales de vulgar condición criminal. La Comuna vivía una especie de esquizofrénico delirio. En vez de organizar su defensa frente a las tropas de Versalles o acaso su solidaridad con otros grandes centros urbanos de Francia, se entregó a una especie de locura verbenera como una «kermesse» sangrienta, alegre y desordenada. Los comuneros creyeron que las provincias les imitarían. Establecieron un sistema de elección, sujeto a revisión, para todas las autoridades, incluso las judiciales y militares. Las escuelas y universidades eran de libre concurrencia. Se abolió el trabajo nocturno de los obreros. Se estableció un programa de autogestión de los trabajadores en diversas fábricas. Hubo detenciones, represalias y ejecuciones de gentes consideradas como enemigas y sospechosas. Al final del drama, viéndose perdidos ante el ejército de 170.000 hombres que Thiers —con el permiso de los prusianos— había reorganizado en Versalles se lanzaron desesperados a lo imperdonable: la ejecución de los rehenes —entre los cuales el arzobispo de París— y el incendio de manzanas enteras en los barrios céntricos de la ciudad. Por fin, el 28 de mayo, la capital de Francia se vio libre de la etapa comunera de su historia local.

¿Por qué se lanzó Thiers a una represión sin precedentes en cuanto al método y al número de víctimas? Probablemente le horrorizaba a él y a la burguesía que representaba comprobar el fuerte enraizamiento de la subversión, del clima revolucionario, en las capas más bajas —y más numerosas— de la población de París. La capital de Francia había hecho la gran revolución a fines del XVIII y posteriormente la de julio de 1830 —todavía burguesa— que trajo a Luis Felipe, y la de 1848 que tuvo ya signo socialista y que aplastó a Cavaignac. Ahora, la clase obrera del suburbio y de los talleres industriales había demostrado su capacidad insurreccional luchando por una distribución distinta de la riqueza económica y por una sociedad más justa que aquella en que atrozmamente malvivían. Fue un torpe balbuceo malogrado, pero Thiers pensó que un ejemplar escarmiento acabaría no sólo con el espíritu «frondeur» parisiense, sino también con el propio movimiento obrero, anarquista y socialista que allí se había manifestado.

En la llamada «Semana Sangrienta» que siguió a la ocupación de la ciudad, el gobierno Thiers ejecutó sumariamente a unos veinticinco mil comuneros de ambos sexos. Otros setenta mil fueron condenados a penas diversas y varios miles enviados a los presidios del Caribe de por vida. Los historiadores han señalado que las víctimas de la Comuna no llegaron a quinientas. Y que Robespierre durante el año del Terror jacobino

llevó a la guillotina a dos mil quinientos aristócratas y contrarrevolucionarios. ¡Triste y lamentable cotejo de la barbarie humana al servicio de las distintas ideologías!

En la Comuna hubo, sin duda, elementos positivos entre la balumba extrema y disparatada de sus actuaciones. En primer lugar la aspiración a unas mejores condiciones humanas y económicas de los asalariados de la ciudad, tema que la Gran Revolución había dejado intacto. De otra parte cómo no reconocer en esa especie de «contestación» de la autoridad, en esa iniciativa y espontaneidad populares, en la autogestión de las fábricas, en la descentralización intentada, en el propósito de acercamiento del Estado al hombre, una serie de problemas que hoy tiene planteado el ciudadano de nuestros días en la sociedad industrial tecnificada?

La leyenda comunera y la represión burguesa influyeron de modo considerable en los cauces futuros del movimiento obrero en el mundo. Por un lado Marx, Lenin y Trotsky denunciaron los errores comuneros acusando a sus dirigentes de carecer de un partido disciplinado y de una doctrina sistemática y de no haberla implantado con todas sus consecuencias. Por otro lado —como ya señaló el propio Bernanos— la crueldad de la represalia hizo meditar a los teorizantes del marxismo revolucionario sobre la conveniencia de adelantarse y superar las tácticas del exterminio clasista.

En Francia la Commune hizo reflexionar profundamente a los mandos del socialismo abrumados por la derrota y la persecución. El socialismo francés comprendió que no podía quedar aislado como un «ghetto» de parias en una sociedad burguesa y rural que representaba la mayoría de la nación. De ahí vino la incorporación socialista al juego político de la Tercera República y su participación en las tareas de gobierno. De ahí, asimismo, el que el socialismo francés se hiciera «social-patriotismo» en su gran mayoría, en 1914, y luchara, no por la derrota del Estado burgués por los alemanes —como lo hicieron Lenin y Trotsky—, sino por la «unión sagrada» frente al invasor, reanudando así el hilo inicial de los comuneros que habían defendido a París a ultranza, contra los prusianos de Bismarck.

La sociedad tecnológica de nuestros días ha modificado sustancialmente los planteamientos del marxismo originario que afloraron en la Commune. El porcentaje de los asalariados proletarios disminuye en favor del sector terciario. La automatización revolucionaria el concepto mismo del trabajador; la sociedad capitalista no se ha derrumbado, ni ha hecho más extensa la pobreza como anunciaron los profetas socialistas y las economías mixtas de Estado y mercado dan un sesgo nuevo a los problemas de la sociedad democrática de nuestro tiempo. Por consiguiente, la evocación de la Comuna tiene más interés histórico que otra cosa, y de ahí el aire un tanto teatral de los actos celebrados en Père-Lachaise ante el «muro de los federados» por los grupos izquierdistas.

Testimonio singular y de excepcional interés en la conmemoración ha sido el del subsecretario de la Presidencia francés, Leo Hamon, gaullista de indiscutida prosapia y moderado a lo Pompidou. De él son estas palabras incluidas en un penetrante estudio dedicado al tema: «La actualidad de la Comuna está en la persistencia de algunas aspiraciones profundas de aquellos soñadores y en el horror que nos inspira la represión que se hizo con ellos. Nosotros, los franceses de hoy, deseáramos que se haya extinguido para siempre en nuestro país la posteridad de los «versalleses»».

José María DE AREILZA

## ENTRE EL MANJAR Y EL COMENTARIO

# LA DIGNIDAD DE COMER

DESDE luego, comer es una «necesidad fisiológica» como otra cualquiera. O mejor: es una de aquellas «necesidades» cuya satisfacción no siempre consigue el grado de «decencia» que solemos desear para nuestro comportamiento público. Pero, según parece, todas las culturas conocidas, o casi todas, coinciden en el propósito de concederle un mínimo de dignidad. El hombre está convencido de que una parte considerable de su «fisiología» es repugnante, o, por lo menos, vergonzosa, y de ahí que tienda a cumplir sus actos a puerta cerrada. No hará falta poner ejemplos, supongo. Y cuando no se cierran las puertas, se adoptan gestos de pudor o de excusa: el eructo, la tos, el estornudo, la comezón impertinente. La operación de ingerir alimentos no resulta demasiado alentadora, si se la observa en frío: como espectáculo. La vida social, al fin y al cabo, tiene mucho de espectáculo: nos estamos viendo los unos a los otros, continuamente. Comer es una actividad que nos remite a la referencia zoológica. Basta fijarse en el amigo o el pariente que se sienta frente a nosotros en la mesa. El proceso es deprimente: ruidos oscuros, movimientos mandibulares que recuerdan a la cebra o al perro, sorbos, atención ansiosa al material deglutible, churres involuntarios, y todo lo demás. Los moralistas de antaño —desde el púlpito, desde el mitin, desde la caricatura— presentaban el pecado de la gula en términos de estricta ignominia. Y la gula no pasaba de ser una exageración.

Se ha hecho todo lo posible por exorcizar lo grotesco de la acción, su suciedad, su aspecto ofensivo. Cosas tan elementales como el plato o la cuchara ya significan enormes progresos en la depuración del trámite. O la servilleta. El tenedor es un invento de hace cuatro días. Los patricios romanos, los reyes godos y hasta los príncipes del Renacimiento, y sus respecti-

vas señoras, se pringaban los dedos, la cara y los vestidos, cuando trataban de restaurar su cuerpo a base de asados, de salsas o de fritangas. La gente más modesta aún se pringaba más. No era un asunto de cantidad ni de calidad en los comestibles, sino de manera de comer. Poco a poco, se ha ido atenuando la rudeza «animal» del episodio. Se han establecido unas «formas» y las guardamos. En unas ocasiones, con mayor rigor; en otras, con libertades más o menos estentóreas. Depende de las circunstancias: no es lo mismo comer en familia que en un banquete de etiqueta, ni es igual una cena de amigachos que una invitación en domicilios empingorrotados. En sus momentos «modelos», comer se ha convertido en una especie de ritual. Cada tenedor tiene su uso designado, cada copa su líquido previsto, cada cuchillo su aplicación, y el comensal dispone de varios tenedores, de varias copas, de varios cuchillos. El conjunto de la «comida» queda montado con los máximos escrúpulos, para que, en definitiva, comer tenga una apariencia noble. Para que olvidemos nuestra afinidad con la cebra.

Más de un humorista, al burlarse de nuestras rutinas, ha sugerido la posibilidad —presuntamente ventajosa— de que la gente coma aislada: en cubículos separados. El comedor debería ser un local tan íntimo como la alcoba o lo que ahora llaman inodoro. Pero esto son bromas. Comer es algo que se ha de hacer «en común»: básicamente, en familia, y, por añadidura, en convite interesado o desinteresado. Comer no será ya sólo alimentarse. Bien mirado, el gran truco consiste en eso: en que, forzada la convivencia por razones extra-alimentarias, el hecho de comer pierda su triste connotación de pesebre. Se come, pero al mismo tiempo se reúne la parentela, se discute de negocios, se halaga a quien hay que halagar, o se corre una juerga. Lo importante es la

motivación. No se desdén el menú, por descomodado. Puestos a comer, es lógico que se pretenda comer bien, y bastante. De todos modos, lo que cuenta, a efectos del disimulo —inconsciente, sin duda—, es el pretexto. Comer a solas es un riesgo temible: riesgo de pensar que uno no hace más que comer, como la cebra, o como cualquier otra bestia. Una barra poblada de solitarios, engullendo «platos combinados», es una imagen desoladora. Ese señor gordo, que en un rincón de restauración devora las supremas «especialidades de la casa», sin compañía, sin otra obsesión que masticar y beber, provoca la consternación de quien le contempla.

En el fondo, lo que redime a la «comida» de su lúgubre rememoración «zoológica», no es tanto el aparato higiénico-solemne de los cubiertos y las mantelerías, como su convocatoria a la conversación. La «mesa» sirve para comer y para charlar mientras se come. El ánimo de los comensales se reparte entre el manjar y el comentario, con lo cual se suaviza la «fisiología». Lo de menos es el planteamiento culinario: tanto vale una sopa de ajo como cualquier filigrana carísima. Claro está que, «com más sucre, más dolç». Pero el mundo es complejo: complejo en cuanto a bolsillos, en cuanto a gustos y en cuanto a resistencias estomacales. Una vez provista la mesa, lo decisivo es el entretenimiento que se suma. Por eso es tan importante escoger, y escoger bien, con quien se come. Están los de casa, naturalmente: son inevitables, en buena medida. Comer con ellos implica la continuidad de la tribu, la tradición, el afecto maquina. Por aburridas, y por silenciosas, que sean las «comidas» del hogar, siempre son elocuentes y vivas. Las comidas «elegibles» son la mejor oportunidad: el azar de un encuentro, de una cita estipulada, de un acontecimiento cualquiera, «comer» se convierte en

una peripecia delicada y tremendamente ajena a la «fisiología». O nos lo parece. Quizá eso es lo que se trata de demostrar: que nos lo parezca. Puede ocurrir en un figón, en un hotel mesocrático, en una dependencia palaciega.

Se pretende olvidar el carácter rumiante y metabólico de la comida. O mitigar su obscenidad. Cada unas cuantas horas, la sensación de hambre, el apetito, nos lleva a buscar «alimentos». Es lo que hacen la hormiga, el conejo, el canguro, el puma, la paloma, el mico, y el resto de la población del planeta que habitamos. El hombre se humaniza cuando se propone ser hombre. Etcétera: no repetiré los tópicos apropiados al caso. Pero, si «comer» es «conversar», la cuestión se desplaza. Hay comidas que se frustran, y se hacen indigestas, no por la índole o la cantidad de las raciones, sino por la estolidez o la imposibilidad del coloquio. Dejemos de lado lo de la estolidez: todos los «banquetes» no pueden ser como el de Platón. Pero que nadie descarte el peligro del número. Una mesa con muchos comensales es un gallinero: un gallinero. Nero Wolfe, aquel detective obeso, sibarita y cultivador de orquídeas, no aceptaba comer con más de cinco interlocutores. Sabía lo que se hacía. Un mínimo de experiencia certifica su desconfianza... Sea como fuere, uno se siente menos carnívoro, en el peor sentido de la palabra, cuando, ante un filete, una butifarra o un humilde muslo de pollo de granja, habla u oye hablar de arte o de economía, o comparte viejas memorias, o intercambia chismes políticos y vecinales, o participa en el relato de historietas verdes. Ser «carnívoro» a secas, o «herbívoro», «conservívoro», «caldode-sobre-vero», es una fatalidad poco amena. Y da remordimientos.

Joan FUSTER

## INGLES EN LONDRES

Cursos intensivos para principiantes y estudiantes avanzados  
Pensión completa en la escuela. Estancias en familias particulares.  
Soliciten folletos a:  
Hillcrest School of English, 40-41, Champion Hill, London S.E.5. G.B.

## MUEBLES

### DE OFICINA

Oportunidad en liquidación  
Fabricantes propios. Calle ZAMORA, número 103, 1.º, 1.ª, esquina Almagóvares (Metro Marina). Tel. 245-51-41

## ¡HERNIADOS!

«ODRAP», palabra que significa solidez, comodidad. Un adelanto evolutivo para los herniados es el aparato «ODRAP». Es un invento sin hierros ni flejes, sólo pesa 95 gramos, sin bultos, en traje de baño se lleva sin notarse. No se estropea aunque se bañe, por ser lavable. Con «ODRAP» la hernia irá contenida mejorando. El aparato «ODRAP» se fabrica a medida bajo prescripción facultativa. «ODRAP», Travesera de Gracia, 10, pral. (junto Plaza Calvo Sotelo), BARCELONA. Consulte a su médico. (C. P. S. 1322.) Visitas, de 10 a 1 y de 4 a 7